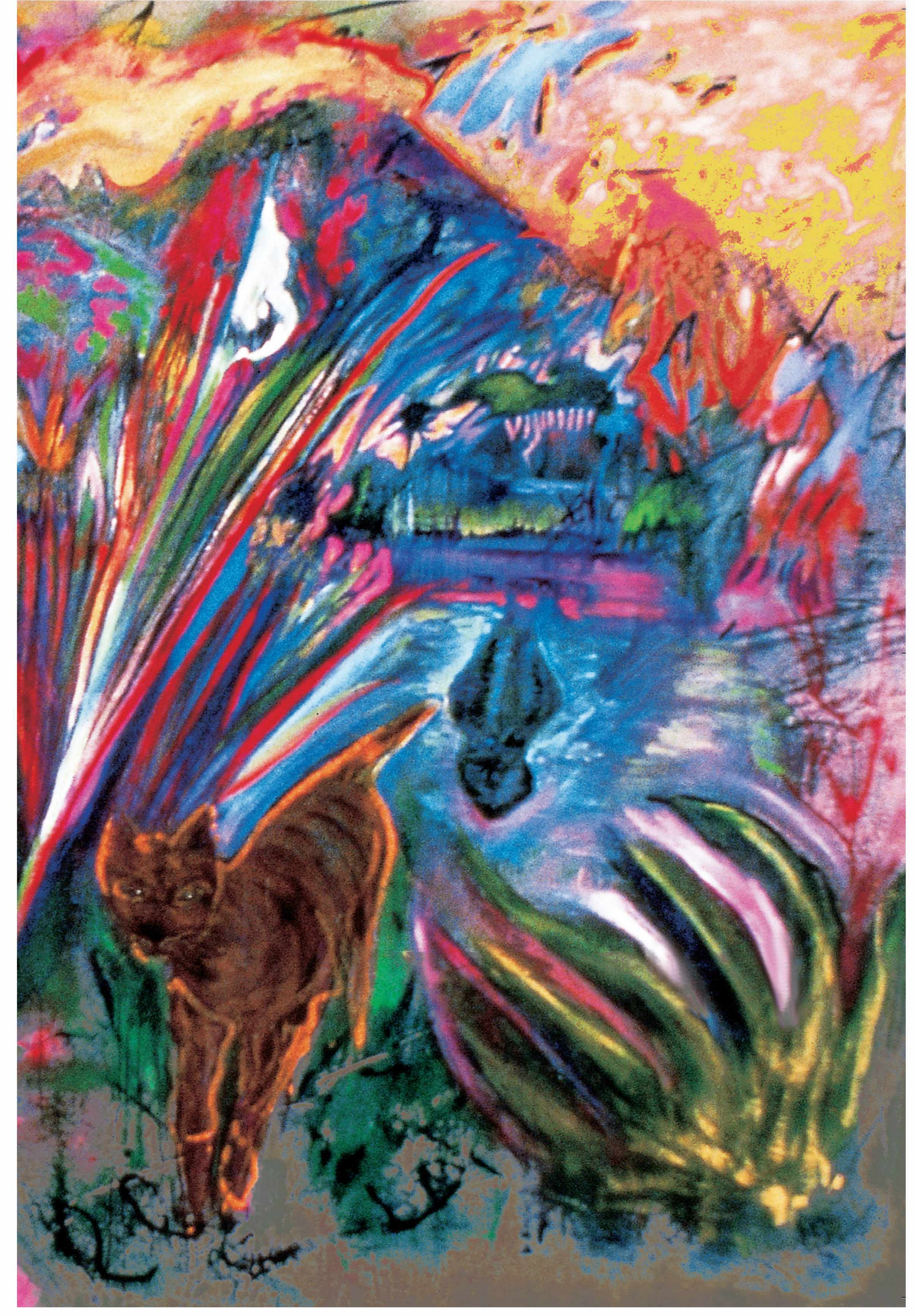


1785
Ciudad de México

El licenciado Villarroel contra la pulquería

Cada pulquería es una oficina donde se forjan los adulterios, los concubinatos, los estupros, los hurtos, los robos, los homicidios, rifas, heridas y demás delitos... Ellas son los teatros donde se transforman hombres y mujeres en las más abominables furias infernales, saliendo de sus bocas las más refinadas obscenidades, las más soeces palabras y las producciones más disolutas, torpes, picantes y provocativas, que no era dable que profiriesen los hombres más
libertinos, si no estuviesen perturbados de los humos de tan fétida y asquerosa bebida... Estos son los efectos de la incuria, de la omisión y de la tolerancia de los jueces, no causándoles horror el ver tirados por las calles los hombres y las mujeres, como si fuesen perros, expuestos a que un cochero borracho como ellos les pase por encima el coche, como sucede, despachándolos a la eternidad en una situación tan infeliz como en la que se hallan.

La pulquería

Cuando el virrey expulsó al pulque de la ciudad de México, el desterrado encontró refugio en los suburbios.
Licor de las verdes matas... En las tabernas de las orillas, el pulquero va y viene sin parar entre las tinajas generosas y los jarros anhelantes, *tú me tumbas, tú me matas, tú me haces andar a gatas,* mientras llora un recién nacido a grito pelado en un rincón y en otro rincón un viejo duerme la mona. Caballos, burros y gallos de riña, atados a las argollas de fierro, envejecen esperando afuera. Adentro, las coloridas tinajas lucen nombres desafiantes: «La no me estires», «El de los fuertes», «La valiente»... Adentro no existen las leyes ni el tiempo de afuera. En el piso de tierra ruedan los dados y sobre un barril se juegan albures con floreadas barajas. Al son del arpa alegre canta un calavera y alzan polvo las parejas bailonas, un fraile discute con un soldado y el soldado promete bronca a un arriero, *que soy mucho hombre, que soy demasiado,* y el pulquero barrigón ofrece: *¿Dónde va l'otra?*

El pulque

Quizás el pulque devuelve a los indios sus viejos dioses. A ellos lo ofrecen, regando la tierra o el fuego o alzando el jarro a las estrellas. Quizás los dioses sigan sedientos del pulque que mamaban de las cuatrocientas tetas de la madre Mayahuel.

Quizás beban los indios, también, por darse fuerza y vengarse; y seguramente beben para olvidar y ser olvidados.

Según los obispos, el pulque tiene la culpa de la pereza y de la pobreza y trae idolatría y rebelión. *Vicio bárbaro de un pueblo bárbaro,* dice un oficial del rey: bajo los efectos del espeso vino de maguey, dice, *el niño reniega del padre y el vasallo de su señor.*

El maguey

Armado de verdes espadas, el maguey resiste invicto la sequía y el granizo, las noches de hielo y los soles de furia de los desiertos de México.

El pulque viene del maguey, *el árbol que amamanta,* y del maguey vienen el forraje de los animales, las vigas y las tejas de los techos, los troncos de las cercas y la leña de las hogueras. Sus hojas carnosas brindan lazos, bolsas, esteras, jabón y papel, el papel de los antiguos códices, y sus púas valen de agujas y alfileres.

El maguey sólo florece cuando va a morir. Se abre y florece como diciendo adiós. Un altísimo tallo, quizás mástil, quizás pene, busca paso desde el corazón del maguey hacia las nubes, en un estallido de flores amarillas. Entonces el gran tallo cae y con él cae el maguey, arrancado de raíz.

Es raro encontrar un maguey florecido en el árido valle del Mezquital. Apenas empieza a dar tallo, la mano del indio lo castra y revuelve la herida y así el maguey vierte su pulque, que calma la sed, alimenta y consuela.

El jarro

El alfarero mexicano tiene larga historia. Tres mil años antes de Hernán Cortés, sus manos convertían la arcilla en vasija o figura humana que el fuego endurecía contra el tiempo. Mucho después, explicaban los aztecas que un buen alfarero *da un ser al barro y hace vivir las cosas.*
La remota tradición se multiplica cada día en botellones, tinajas, vasijas y sobre todo en jarros: marfilinos jarros de Tonalá, peleones jarros de Metepec, jarros barrigones y lustrosos de Oaxaca, humildes jarritos de Chililico; rojizos jarros de Toluca, chorreosos de greda negra... El jarro de barro cocido preside las fiestas y las cocinas y acompaña al preso y al mendigo. Recoge el pulque, despreciado por la copa de cristal, y es prenda de amantes:

Cuando muera, de mi barro
hágase, comadre, un jarro.
Si de mí tiene sed, beba:
si la boca se le pega,
serán besos de su charro.

1785
Ciudad de México

Sobre la literatura de ficción en la época colonial

El virrey de México, Matías de Gálvez, firma un nuevo bando en favor de los trabajadores indios. Han de recibir los indios salario justo, buenos alimentos y asistencia médica; y tendrán dos horas de descanso, al mediodía, y podrán cambiar de patrón cuando quieran.

1785
Guanajuato

El viento sopla donde quiere y donde puede

Un abismo de luz se abre en el aire transparente y entre las negras murallas de la sierra resplandece el desierto. En el desierto se alzan, fulgor de cúpulas y torres, las ciudades mineras de México. Guanajuato, tan habitada como la capital del virreino, es la más señora. En silla de manos van a misa sus dueños, perseguidos por enjambres de mendigos, siguiendo un laberinto de callejitas y callejones, el callejón del Beso, el del Resbalón, el de los Cuatro Vientos, y entre las piedras pulidas por los pies del tiempo asoman pastos y fantasmas.

En Guanajuato, las campanas de las iglesias organizan la vida; y el azar la gobierna. Algún tahúr burlón y misterioso distribuye los naipes. Dicen que aquí se pisa oro y plata por dondequiera se vaya, pero todo depende de las vetas que culebrean bajo tierra y a su antojo se ofrecen y se niegan. Ayer celebró el golpe de suerte un afortunado caballero, y a todos brindó el mejor vino de beber, y pagó serenatas de flautas y vihuelas, y compró fino encaje de Cambray y calzón de terciopelo y casaca de tisú y camisola de Holanda; y hoy huye sin dejar rastros el filón de plata pura que por un día lo hizo príncipe.

La vida de los indios, en cambio, no depende del azar. Por respirar mercurio quedan para siempre tembleques y sin dientes en las plantas de amalgama, y por respirar polvo asesino y vapores de peste se revientan el pecho en los socavones. A veces saltan en pedazos cuando la pólvora estalla, y a veces resbalan al vacío cuando bajan cargando piedras o cuando suben llevando a la espalda a los capataces, que por eso llaman a los indios *caballitos.*



1785
Guanajuato

Retablo de la plata

Conversan las damas con lenguaje de abanicos en los frondosos jardines. Alguien mea contra la pared de una iglesia y al borde de una plaza dos mendigos, sentados al sol, se despiojan mutuamente. Bajo un arco de piedra habla de Derechos del Hombre un ilustrado doctor de vasta toga, y anda un fraile por la callejuela susurrando condenaciones eternas contra los borrachos, las putas y los hampones que se le van cruzando en el camino. No lejos de la ciudad, los *recogedores* cazan indios a lazo.

Hace ya tiempo que Guanajuato ha destronado a Potosí. La reina de la plata en el mundo está hambrienta de mano de obra.

Los obreros, *asalariados libres,* no ven una moneda en su vida, pero están presos de las deudas. Sus hijos heredarán las deudas y también el miedo al dolor y a la cárcel y al hambre y a los dioses antiguos y al dios nuevo.

1785
Lisboa

La función colonial

La corona portuguesa manda liquidar los talleres textiles del Brasil, que en lo sucesivo no podrán producir más que ropa rústica para esclavos. En nombre de la reina, el ministro Melo e Castro envía las instrucciones correspondientes. Observa el ministro que *en la mayor parte de las capitanías del Brasil se han establecido, y se van propagando cada vez más, diversas fábricas y manufacturas de tejidos de varias calidades y hasta de galones de oro y plata.* Estas son, dice, *perniciosas transgresiones:* si continúan, *la consecuencia será que todas las utilidades y riquezas de estas importantísimas colonias terminarán siendo patrimonio de sus habitantes.* Siendo el Brasil tierra tan fértil y abundante en frutos, *quedarán dichos habitantes totalmente independientes de su capital dominante: es, en consecuencia, indispensablemente necesario abolir dichas fábricas y manufacturas.*

1785
Versalles

La papa se hace gran dama

Hace dos siglos y medio, los conquistadores españoles la trajeron desde el Perú. Venía muy recomendada por los indios, de modo que Europa la destinó a los cerdos, a los presos y a los moribundos. La papa ha sufrido burla y castigo toda vez que ha querido escapar de los chiqueros, las cárceles y los hospitales. En varias comarcas la prohibieron; y en Besançon la acusaron de provocar la lepra.
Antoine Parmentier conoció a la papa en prisión. Estaba Parmentier preso en una cárcel prusiana y no le daban otra cosa que comer. Le pareció boba al principio, pero después supo amarla y le descubrió gracias y sabores.
Ya libre en París, Parmentier organizó un banquete. Asistieron D'Alembert, Lavoissier, el embajador norteamericano Benjamín Franklin y otros célebres. Parmentier les ofreció un menú de pura papa: pan de papa, sopa de papa, puré, ensaladas de papas alegradas con salsas al gusto, papas fritas, buñuelos y pasteles de papa. De postre, torta de papa. Por bebida, aguardiente de papa. Parmentier pronunció un alegato por ella. Exaltó sus virtudes nutritivas, la proclamó necesaria al paladar y a la sangre y declaró que la papa vencería al hambre en Europa, por ser invulnerable al granizo y de fácil cultivo. Los invitados, empapados, lo aplaudieron con emoción y convicción.
Después Parmentier convenció al rey. Luis XVI ordenó cultivar papas en sus tierras del llano de Sablons, cerca de París, y las mandó cercar de soldados en guardia permanente. Así logró excitar la curiosidad y el deseo por el fruto prohibido.
En Versalles ocurre la consagración definitiva. La reina María Antonieta, hecha un jardín de flores de papa, estampa soberano beso en la mejilla de Antoine Parmentier. El rey Luis, que todavía no ha perdido la cabeza, le ofrece su abrazo. Toda la nobleza de Francia asiste a la apoteosis de la papa, en este reino donde el arte del buen comer es la única religión sin ateos.



La papa nació del amor y del castigo, según cuentan en los Andes

El Inca, cuentan, condenó a los amantes que violaron las leyes sagradas.
Que los entierren vivos y juntos, decidió.
Ella había sido una virgen consagrada al dios Sol. Había huido del templo para darse a un siervo labriego.
Vivos y juntos, decidió el Inca. En pozo profundo fueron enterrados, atados entre sí, boca arriba; y ni una queja se escuchó mientras los cubría la tierra.
Llegó la noche y las estrellas anduvieron por raros caminos. Poco después, desapareció el oro del lecho de los ríos y se volvieron estériles, puro polvo y piedra, los campos del reino. Sólo la tierra que tapaba a los amantes estaba a salvo de la sequía.
Los altos sacerdotes aconsejaron al Inca que desenterrara a los amantes, los quemara y esparciera al viento sus cenizas. Que así sea, decidió el Inca.
Pero no los encontraron. Cavaron mucho y hondo y no encontraron más que una raíz. Esa raíz se multiplicó y la papa fue desde entonces la comida principal de los andinos.

1790
París

Humboldt

A los veinte años, Alexander von Humboldt descubre la mar y la revolución. En Dunkerke la mar lo dejó mudo y en Calais le arrancó un grito la luna llena brotando de las olas. Asombro de la mar, revelación de la revolución: en París, a un año del catorce de julio, Humboldt se deja ir en el dulce torbellino de las calles en fiesta, metido en el pueblo que baila y canta a la libertad recién nacida.

El ha vivido buscando respuestas y encontrando preguntas. Sin darse tregua ha interrogado a los libros y al cielo y a la tierra, persiguiendo enigmas del alma y misterios del cosmos y secretos de los escarabajos y las piedras, siempre enamorado del mundo y de hombres y mujeres que le han dado vértigo y pánico.

Alexander jamás será feliz, dice su hermano Wilhelm, el preferido de la madre.

A los veinte años, fiebre de vivir, fiebre de ir, Humboldt jura eterna lealtad a las banderas de la Revolución Francesa y jura que atravesará la mar, como Balboa y Robinson Crusoe, hacia las tierras donde siempre es mediodía.



1790
Petit Goâve

Aunque tengan tierras y esclavos

La gordura de la bolsa puede más, a veces, que el color de la piel. En Haití, son negros los mulatos pobres y mulatos los negros libres que han reunido bastante dinero. Los mulatos ricos pagan inmensas fortunas por convertirse en blancos, aunque pocos consiguen el mágico documento que permite que el hijo del amo y la esclava se haga doctor, se llame señor, use espada y pueda tocar a mujer blanca sin perder el brazo.

Cuelga de una horca el mulato que reivindicó los derechos del ciudadano, recién proclamados en París, y en lo alto de una pica pasea por la villa de Petit Goâve la cabeza de otro mulato que quiso ser diputado.

1791
Bois Caiman

Los conjurados de Haití

La vieja esclava, la íntima de los dioses, hunde el machete en la garganta de un jabalí negro. La tierra de Haití bebe la sangre. Al amparo de los dioses de la guerra y del fuego, doscientos negros cantan y danzan el juramento de la libertad. En la prohibida ceremonia de vudú, luminosa de relámpagos, los doscientos esclavos deciden convertir en patria esta tierra de castigo.

Se funda Haití en lengua *créole.* Como el tambor, el *créole* es el idioma común que los arrancados del Africa hablan en varias islas antillanas. Brotó del interior de las plantaciones, cuando los condenados necesitaron reconocerse y resistir. Vino de las lenguas africanas, con africana melodía, y se alimentó de los decires de normandos y bretones. Recogió palabras de los indios caribes y de los piratas ingleses y también de los colonos españoles del oriente de Haití. Gracias al *créole,* los haitianos sienten que se tocan al hablarse.

El *créole* reúne palabras y el vudú, dioses. Esos dioses no son amos sino amantes, muy bailarines, que convierten cada cuerpo que penetran en música y luz, pura luz en movimiento, ondulante y sagrada.

Canción haitiana de amor

Me quemo como leña.
Mis piernas se quiebran como cañas.
Ningún plato me tienta la boca.
El más ardiente trago se hace agua.
Cuando pienso en ti,
mis ojos se inundan
y mi razón cae derrotada
por mi dolor.

¿No es muy cierto, hermosa mía,
que poco falta para que vuelvas?
¡Oh! ¡Regresa a mí, mi siempre fiel!
¡Creer es menos dulce que sentir!
No demores demasiado.
Duele mucho.
Ven a liberar de su jaula
al pájaro hambriento.

1792
Río de Janeiro

Los conjurados del Brasil

Hace apenas medio siglo se creía que las minas del Brasil durarían tanto como el mundo, pero cada vez hay menos oro y menos diamantes y cada vez pesan más los tributos que es preciso pagar a la reina de Portugal y a su corte de parásitos.

Desde allá envían muchos voraces burócratas y ni un solo técnico en minería. Desde allá impiden que los telares de algodón tejan otra cosa que ropa de esclavos y desde allá prohíben la explotación del hierro, que yace al alcance de la mano, y prohíben la fabricación de pólvora.

Para romper con Europa, *que nos chupa como esponja,* conspiró un puñado de señores. Dueños de minas y haciendas, frailes, poetas, doctores, contrabandistas de larga experiencia, organizaron hace tres años un alzamiento que se proponía convertir esta colonia en república independiente, donde fueran libres los negros y mulatos en ella nacidos y todo el mundo vistiera ropa nacional.

Antes de que sonara el primer tiro de mosquete, hablaron los delatores. El gobernador apresó a los conjurados de Ouro Preto. Bajo tormento, confesaron; y se acusaron entre sí con pelos y señales. Basílio de Britto Malheiro se disculpó explicando que quien tiene la desgracia de nacer en Brasil copia malas costumbres de negros, mulatos, indios y otra gente ridícula. Cláudio Manuel da Costa, el más ilustre de los prisioneros, se ahorcó en la celda, o fue ahorcado, por no confesar o por confesar en demasía.

Hubo un hombre que calló. El alférez Joaquim José da Silva Xavier, llamado Tiradentes, *Sacamuelas,* sólo habló para decir:

–Yo soy el único responsable.

1792
Río de Janeiro

Tiradentes

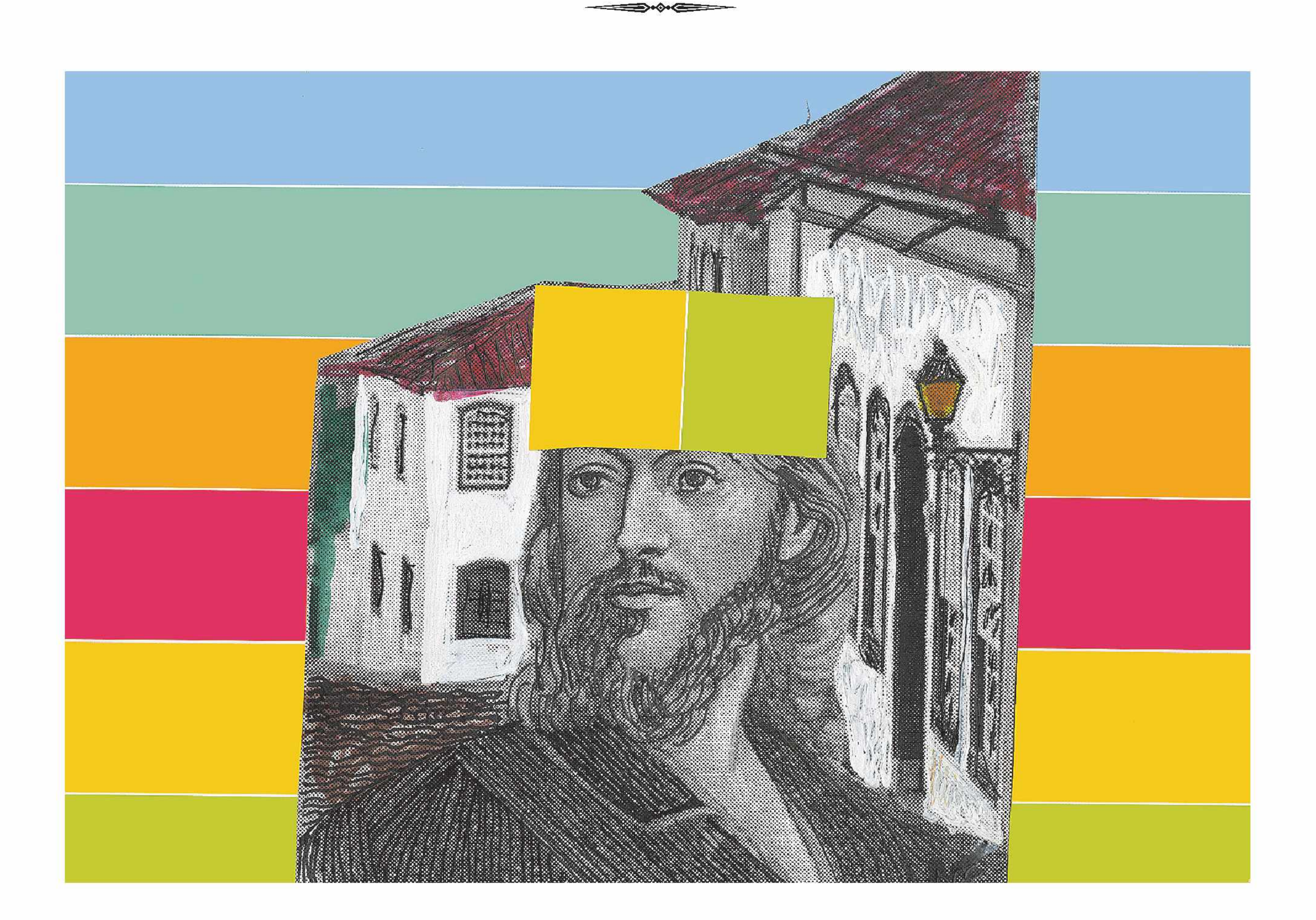
Parecen cadáveres a la luz de los candiles. Atados por enormes cadenas a los barrotes de las ventanas, los acusados escuchan al juez, desde hace dieciocho horas, sin perder palabra.

Seis meses ha demorado el juez en redactar la sentencia. Muy al fin de la noche, se sabe: son seis los condenados. Los seis serán ahorcados, decapitados y descuartizados.

Calla entonces el juez, mientras los hombres que querían la independencia del Brasil intercambian reproches y perdones, insultos y lágrimas, ahogados gritos de arrepentimiento o protesta.

Y llega, en la madrugada, el perdón de la reina. No habrá muerte, sino destierro, para cinco de los seis condenados. Pero uno, el único que a nadie delató y fue por todos delatado, marchará hacia el patíbulo al amanecer. Por él vibrarán los tambores y la lúgubre voz del pregonero recorrerá las calles anunciando el sacrificio.

Tiradentes no es del todo blanco. De alférez entró al ejército y alférez por siempre quedó, arrancando muelas para redondear el sueldo. El quiso que los brasileños fueran brasileños. Bien lo saben los pájaros que desaparecen, mientras sale el sol, tras las montañas.



1794
París

"El remedio del hombre es el hombre",

dicen los negros sabios, y bien lo saben los dioses. Los esclavos de Haití ya no son esclavos.

Durante cinco años, la Revolución Francesa se había hecho la sorda. En vano protestaban Marat y Robespierre. La esclavitud continuaba en las colonias: no nacían libres ni iguales, a pesar de la Declaración de los Derechos del Hombre, los hombres que eran propiedad de otros hombres en las lejanas plantaciones de las Antillas. Al fin y al cabo, la venta de negros de Guinea era el negocio principal de los revolucionarios mercaderes de Nantes, Burdeos y Marsella; y del azúcar antillana vivían las refinerías francesas.

Acosado por la insurrección negra, que encabeza Toussaint Louverture, el gobierno de París decreta, por fin, la liquidación de la esclavitud.

1794
Montañas de Haití

Toussaint

Entró en escena hace un par de años. En París lo llaman *el Espartaco negro.* Toussaint Louverture tiene cuerpo de renacuajo y los labios le ocupan casi toda la cara. Era cochero de una plantación. Un negro viejo le enseñó a leer y a escribir, a curar caballos y a hablar a los hombres; pero solito aprendió a mirar no solamente con los ojos, y sabe ver el vuelo en cada pájaro que duerme.



1795
Santo Domingo

La isla quemada

Asustado por la liberación de los esclavos en Haití, el rey de España cede a Francia el territorio de Santo Domingo. De un plumazo se borra la frontera que cortaba en dos la isla, dividida entre la más pobre de las colonias españolas y la más rica de las colonias francesas. Don Manuel Godoy, el mandamás de la corte, dice en Madrid que la revuelta de Haití ha convertido toda la isla en *tierra de maldición para los blancos.*

Esta había sido la primera colonia de España en América. Aquí había tenido el imperio su primera audiencia, su primera catedral, su primera universidad; desde aquí habían partido las huestes de la conquista hacia Cuba y Puerto Rico. Tal nacimiento anunciaba glorioso destino, pero Santo Domingo fue devastada hace dos siglos. El gobernador Antonio de Osorio convirtió esta colonia en humo.

Día y noche trabajó Osorio achicharrando la tierra pecadora, y palmo a palmo quemó casas y fortalezas y embarcaciones, molinos y chiqueros y corrales y campos de labranza, y todo lo regó con sal, y con sus manos ahorcó a quien osó resistir. En el crepitar de las llamas resonaban las trompetas del Juicio Final. Al cabo de un año y medio de continua quemazón, el incendiador se alzó sobre la isla por él arrasada y recibió del rey de España dos mil ducados en pago de su trabajo de redención por el fuego.

El gobernador Osorio, veterano de las guerras de Flandes, había purificado estos suelos. Había empezado quemando las ciudades del norte, porque por esa costa entraban los piratas ingleses y holandeses trayendo Biblias *de la secta de Lutero* y difundiendo la costumbre hereje de comer carne en Viernes Santo. Había empezado por el norte; y después ya no pudo parar.